

este contexto debe entenderse también el decisivo apoyo prestado al Sínodo de Lima de 1613, que se convocó precisamente con el fin de atajar el problema de la deficiente cristianización de los naturales. El capítulo acaba con un examen de las difíciles relaciones entre Montesclaros y el Tribunal del Santo Oficio como consecuencia de la adopción de una serie de medidas encaminadas a recortar las competencias de este Tribunal en cuestiones de protocolo y jurisdicción.

En el octavo y último capítulo se hace una exposición detallada del juicio de residencia al que el virrey tuvo que enfrentarse una vez finalizada su gestión. La sentencia final del Consejo de Indias fue benigna y tan sólo censuró los excesos cometidos por el marqués en la distribución de censos de indios, el favor dado a sus criados y allegados en la provisión de oficios y encomiendas, así como la pasividad con la que permitió que su secretario personal tomara parte en lucrativos negocios ilegales. Sorprendentemente no fue sancionado por otros cargos que estaban suficientemente probados; detrás de esta impunidad debió estar el reconocimiento de Felipe III al incremento experimentado por las remesas de plata durante su gobierno.

Las conclusiones finales permiten hacer un balance positivo de la gestión del marqués de Montesclaros y establecer una serie de rasgos propios de su labor de gobierno entre los que destaca su afán por adquirir un conocimiento certero de la realidad americana y la resolución con la que se enfrentó a los problemas más complejos que afectaban al virreinato peruano a comienzos del siglo XVII.

Ronald ESCOBEDO MANSILLA

**Jaume MENSA I VALLS**, *Les raons d'un anunci apocalíptic. La polèmica escatològica entre Arnau de Vilanova i els filòsofs i teòlegs professionals (1297-1305): anàlisi dels arguments i de les argumentacions*, Facultat de Teologia de Catalunya («Col.lectània Sant Pacià», 61), Barcelona 1998, 394 pp.

El joven historiador de la filosofía medieval, Dr. Jaume Mensa i Valls, se doctoró con esta monografía en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1993. El libro que ahora se publica es una reelaboración del texto presentado para la obtención del grado doctoral. Como el A. señala en la «nota editorial», ha prescindido de muchos apéndices, reduciéndolos ahora a su mínima expresión, y ha procurado retocar el texto, con el afán de hacerlo atractivo para un público más amplio, que desborde el ámbito de los puros especialistas.

Con anterioridad, Mensa había publicado, en 1994, una *Guia bibliogràfica sobre Arnau de Vilanova*. Su tesis de licenciatura, todavía inédita, también había versado sobre Arnau, nacido en Valencia (ca.1240) y fallecido en Génova (1311). Ahora ofrece la parte más madura de su investigación en esta versión reelaborada de su monografía doctoral.

Como es sabido, el médico Arnau de Vilanova tuvo también una importante actividad teológica en dos disciplinas sagradas: la teología espiritual y la apocalíptica. Como mé-

dico poco más se puede añadir a los trabajos de Juan Antonio Paniagua, recopilados en su libro *Studia arnaldiana* (Barcelona 1994), y de Luis García Ballester y Michael McVaugh. Pero su actividad teológica está todavía por aclarar, sobre todo las duras polémicas que polarizaron su actividad, aunque sin abandonar la medicina, básicamente en dos momentos: 1297/99 y 1305. En 1305, con la elección al solio pontificio de su paciente y amigo Clemente V, se calmaron sus polémicas con los teólogos de la Universidad de París y con los dominicos. Precisamente a mediados de julio de 1305 pudo leer una exculpación o justificación de su propio pensamiento, ante Jaime II y su corte, que constituye, quizá, el texto más completo conservado de sus doctrinas apocalípticas sobre la venida del Anticristo. Después de la muerte de Vilanova y de su protector Clemente V, arreciaron las acusaciones contra Arnau, condenado por un concilio provincial tarraconense en 1318 (la validez canónica de esta condena es muy discutida, por defectos de jurisdicción o competencia, según algunos, o de forma y procedimiento, según otros). La quema de sus libros tuvo lugar en Girona, en 1347. Conviene recordar que Arnau de Vilanova había profetizado que el Anticristo se manifestaría plenamente en torno al año 1376.

Mensa se adscribe plenamente a la hipótesis de Josep Perarnau, al analizar las tesis apocalípticas de Vilanova, y procura probarla, con una erudición extraordinaria, un excelente manejo de las fuentes y de la bibliografía secundaria, y una notable familiaridad con una de las etapas más complejas de la historia del Occidente cristiano. Fueron, en efecto, los años en que se entrecruzaron cuestiones sociológicas y económicas, polémicas con el Islam (aunque las Cruzadas ya habían concluido), debates públicos y exacerbados con el judaísmo, formulaciones de distinto calado justificando anexiones y expansiones políticas por el Mediterráneo, intrigas entre los diferentes reinos que constituían la Corona de Aragón, guerras de Aragón con Castilla, el durísimo enfrentamiento entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII, problemas serios sobre la pobreza, que alteraron la paz de la gran familia franciscana, el tristemente célebre *affaire* de los templarios (una de las páginas más oscuras del pontificado romano), el exilio aviñonés, y tantas cosas más, que harían demasiado prolija una enumeración exhaustiva.

En tal contexto, Vilanova formuló sus puntos de vista acerca del Anticristo. Según Mensa, el desarrollo de la doctrina arnaldiana tuvo dos momentos, que deben delimitarse claramente. En una primera etapa, sus tesis profético-apocalípticas sólo pretendieron llamar la atención, sobre todo de las autoridades competentes, acerca de la urgente necesidad de una profunda reforma eclesíástica y social. En un segundo momento, Vilanova racionalizó sus puntos de vista acerca del Anticristo, queriendo justificarlos. Sin embargo, siempre según Mensa, tampoco en esta segunda etapa sostuvo sus puntos de vista apocalípticos como si fuesen verdaderas tesis doctrinales, sino sólo como medios o instrumentos retóricos al servicio de sus propuestas reformistas. En el fondo, y si hemos entendido bien la hipótesis de trabajo, lo que comenzó siendo como un juego dialéctico o una llamada de atención, acabó siendo, a causa del fragor de la misma polémica, algo más serio, que Arnau pretendió probar dialécticamente. La pregunta es: ¿llegó finalmente a creerse lo que defendía con tanto ardor? ¿Se identificó Vilanova tanto con sus argumentaciones, que las tomó por verdaderas, y las tesis (argumentos), como reales? Según Mensa, no del todo...; por lo menos, no del todo en el sentido de que Vilanova acabase alucinando. Evidentemente, no es fácil justificar que una defensa, tan ardorosa y apasionada de los propios puntos de vista, no haya supuesto, a la pos-

tre, una completa implicación del propugnador en sus propios argumentos, sino sólo una defensa táctica... Es obvio que Mensa no quiere decir esto, como comprobaremos seguidamente. Pero, antes, veamos la distribución temática del índice.

Esta maciza y bien documentada monografía se estructura en dos partes, de desigual extensión: mucho más extensa la primera que la segunda. En la primera se ofrece el resumen de la polémica, se pasa revista a las obras que redactó durante el debate (no resuelve la atribución de la *Expositio Apocalypsis*, tan discutida por muchos, seguidores de Joaquim Carerras i Artau, los unos, de Josep Perarnau, los otros), y toma en consideración cinco inéditos, cuyo esquema reproduce en un amplio apéndice (pp. 327-349); ofrece, además, en bosquejo los argumentos manejados por Arnau, los contra-argumentos de los teólogos, etc. En la segunda parte, que consta de un único capítulo, ofrece una síntesis, después de tan largo estado de la cuestión, y finalmente concluye, aunque el A. insista en que no se trata de un conclusión propiamente dicha, sino sólo de un «balance». Siguen, después, el largo apéndice ya aludido, la bibliografía, muy amplia y rica, el índice de autores citados y el índice general.

Brevemente, Mensa concluye que ha quedado probada su hipótesis, tomada de Perarnau, según la cual «son instrumentales las afirmaciones profético-apocalípticas de este médico catalán, en función de una reforma que creía absolutamente necesaria» (p. 325). En segundo lugar, afirma que Arnau no era un alucinado, un loco, sino una lúcida inteligencia, que atisbaba como imposible el proyecto medieval de una sociedad cristiana. Por consiguiente, Mensa sostiene que Vilanova previó el fracaso de la «cristiandad» medieval, anunciando que ese mundo se acabaría. Curiosamente, una de las fechas por él anunciadas como el comienzo de la manifestación del Anticristo, el año 1376, coincide prácticamente con el inicio del cisma de Occidente..., que supuso muchas novedades, especialmente en el ámbito de la eclesiología y de la organización política de las naciones.

La tesis del A. aparece como muy verosímil e invita a una seria y serena reflexión. La obra, desde luego, merece leerse.

Josep Ignasi SARANYANA

**David MORGAN**, *Visual Piety: A History and Theory of Popular Religious Images*, University of California Press, Berkeley (California) 1998, 265 pp., 69 ilustraciones en b/n.

En algún rincón de su inmenso diario, Julian Green observaba que una de las grandes dificultades que encuentra el creyente cristiano es la de tener que amar a alguien que nunca ha visto. La fe no es visión, de ahí la tensión propia de la vida cristiana, el anhelo intenso de llegar a «ver» al Dios escondido. Ahí está también la raíz profunda de la asombrosa variedad de «medios visuales» que los cristianos han inventado como medio de contrarrestar la oscuridad y fragilidad de la fe y hacerla, de alguna manera, visible y firme. La piedad visual es algo que a veces asociamos más con la piedad popular, y hay mucha razón en ello, pero no hay que olvidar que el arte religioso clásico (el que uno hoy encuentra más en los museos que en los templos cristianos) es también un arte hecho con una motivación de ayuda a la